

EL VIENTO AVENTURERO



Un buen día, el viento que sacudía los árboles en las altas montañas de los Pirineos, se hizo esta reflexión:

“Pues es aburrido estar siempre en el mismo sitio. Sea cual sea mi trabajo: Ahora soplo, ahora no. Estoy cansado de oír la misma música de fondo: las

ramas, cuando se mueven, ahora más débil, ahora más fuerte. En invierno puedo jugar un poco, saltando la nieve..., pero, ¡vaya!, es aburrido estar aquí en los Pirineos. Yo quisiera ver mundo, bajar a la llanura a soplar. Allí dicen que hay pueblos y también grandes ciudades habitadas por muchos hombres, mujeres y niños. Será divertido soplar... ¡Decidido!, ¡me quiero ir!... Le pediré permiso a Dios para trasladarme a la llanura, y que aquí arriba envíe el viento de abajo”.

Tal y como lo pensó, lo hizo. Y una vez obtenido el permiso de Dios, soplando, soplando, bajó a la llanura.

Vio lo que nunca había visto: pueblos pequeños, rodeados de tierras de cultivo, huertos con lechugas, tomates..., árboles frutales como manzanos, cerezos, melocotoneros... Y más allá, un pueblo mucho mayor, que descubrió que le llamaban la ciudad.

“Aquí me voy a instalar”, pensó. Y empezó a soplar un poco, flojito, flojito... La gente estaba contenta, estaba lleno verano, el mes de julio, y un poco de viento se agradece.

Por la noche, quiso probar qué ocurría y empezó a soplar fuerte, muy fuerte. La gente, asustada, cerraba las ventanas y las contraventanas, incluso.

- “¡Parece un huracán!”, se exclamaban. “¡Nunca había pasado este fenómeno! ...” .

Se arrancaron antenas de televisión, cayeron algunas ramas de los árboles, volaban tejas de las azoteas, macetas de las ventanas y balcones...

Nuestro viento también se asustó, al ver el destrozo que hacía, y paró de repente.

Nadie entendía nada. Los meteorólogos iban bien perdidos. No encontraban explicación.

Al día siguiente no salió el sol. El cielo estaba tapado y se fue oscureciendo, empezó a llover y llover fuerte: ¡Era una tormenta de verano!

- "¡Eh!, tú!", le gritaban los rayos y la lluvia, "¡bufa!, ¡que te toca ahora!... ¿No ves que es una tormenta?".

El viento no se atrevía a soplar, asustado del día antes y de los destrozos causados. Pensaba: "No es lo mismo soplar fuerte en alta montaña, que no hay nadie, ni ninguna construcción, que aquí en la llanura, con personas y casas". Pero tanto insistieron los compañeros rayos y lluvia, que empezó a soplar.

¡Cómo iban los paraguas!... Se torcían de tanta fuerza del viento. La gente transitaba medio escondida por debajo de los balcones. Todos iban bien empapados. "¡Si parase el viento sería otra cosa!", decía alguien... "¡Si no fuera por el viento!", decía el otro. "¡El viento lo estropea todo!", añadía un tercero...

"¡Qué mal que lo hago!", pensó nuestro viento. "Dónde estaba antes, no me criticaba nadie, más bien me respetaban. Mostraba mi fuerza, como símbolo de poder y realeza; pero aquí no puedo utilizarla, porque lo destrozo todo y la gente no me quiere. Tendré que conformarme siempre con ser viento suave, si quiero tener amigos. No haré más caso de los rayos y la lluvia. Si me quedo, no quiero hacerle daño a nadie. Tengo que aprender a amoldarme a las circunstancias y no hacer lo que quiera, como podía hacerlo antes".

Y así, como lo había comprendido, lo hizo durante un buen tiempo. Comprendía a la gente, soplabá, sin pasarse, cuando hacía falta, y se encontraba feliz.

Pero Dios, un buen día, le dijo que el viento que había estado antes en la llanura, ya quería volver a ir, y que él tenía que irse de nuevo arriba de las montañas pirenaicas. Y como había aprendido la lección, le concedería, de vez en cuando, poder bajar también a la llanura.

Y así fue. Nuestro viento se comportaba bien. En cada sitio hacía lo que era mejor para todos, sin pensar sólo en él y su placer.

No sé si todavía continúa ese intercambio, pero podría ser que sí, que durara hasta el fin de los tiempos...

**Hemos de pensar siempre en los demás
y que nuestro actuar no les haga daño.**

Montserrat Llopart